HECHOS HISTÓRICO-LEGENDARIOS

Corría el año 1283 y acababa de fallecer el infante D. Pedro de Castilla, hijo de D. Alfonso X el Sabio, dejando sus Estados y Señoríos, entre ellos el de Granada, hoy Granadilla, a su hijo D. Sancho, que no tenía más que un año de edad, bajo la tutela de Dª. Margarita de Narbona, mujer de incomparable belleza.

Tan desacertada como su esposo, anduvo Dª. Margarita en el gobierno de los estados de su hijo. Se confederó con su cuñado el infante D. Juan, en favor de los infantes de la Cerda, rebelándose contra D. Sancho IV y declarándole la guerra.

Era a la sazón caballero de su casa D. Alvar Núñez de Castro, a quien encomendó la empresa de defender sus Estados, para lo cual reunió tres mil soldados y mil caballos en la villa de Galisteo, y con ellos molestó y saqueó los pueblos que la Orden de Alcántara tenía en la Sierra de Gata, los cuales pertenecían al bando del Rey.

Era D. Alvar Núñez de Castro un valiente caballero extremeño, tan apuesto y gentil en los torneos y tan galante con las damas, como valeroso y arrojado en los combates.

En su adolescencia fue paje de Dª. Margarita, en cuyo servicio pudo apreciar de cerca los encantos de que se hallaba adornada esta hermosa dama, llegando a sentir por ella una pasión rayana en la adoración.

La elevada condición de esta señora y los grandes respetos que tenía a su señor, el infante, contuvieron sus impulsos amorosos y deseando borrar las huellas de tan intensa pasión, tan pronto como pudo manejar la lanza, se decidió a cambiar la vida regalada de la Corte por los azares de la guerra, acompañando a D. Pedro en sus bélicas empresas.

Todo inútil; ni el fragor de las batallas, ni la separación de su ídolo fueron suficientes para apagar el ardiente amor que la gran señora le inspiraba.

En vano desafió la muerte en los combates que con tanta frecuencia sostenían los caballeros de aquella época, unas veces contra los árabes y otras en las luchas intestinas que con frecuencia se hacían en Castilla. Las armas enemigas parecían respetuosas con aquel guerrero osado, temerario y loco que prodigaba su vida buscando término a sus tormentos.

A la muerte del infante D. Pedro, se abrieron horizontes de esperanza en el alma de Alvar; con la viudez de Dª. Margarita desaparecía el mayor obstáculo que se oponía a la realización de sus anhelos amorosos. La satisfacción de aquella pasión la consideró cosa fácil y hacedera para quien, como él, era atrevido y valiente y el más prestigioso caballero de la casa del infante.

Continuaron las escaramuzas de los partidarios de los infantes de la Cerda y los del Rey, llevando el mando de los primeros en nombre de su señora, D. Alvar, en las tierras de Coria; más acudió el maestre de Alcántara D. Fernando Páez, muy adicto al Rey, que, con la ayuda de los Concejos de Plasencia y Coria, obligó a Núñez de Castro a refugiarse en Galisteo; tomó a nombre del Rey a Sabugal (hoy Ahigal) y amenazó a Granada en ocasión que la de Narbona se hallaba en dicha villa. En tan apurado trance, Dª. Margarita despachó correos pidiendo socorros al de Castro; éste, reunió la gente que pudo y, a marchas forzadas, llegó a Granada, no sin antes sostener un encarnizado encuentro con las gentes del maestre en las proximidades de la villa, en la que penetró a costa de grandes sacrificios.

No aspiraba a más el de Castro; estar cerca de Dª. Margarita era su más caro ideal. Sin descansar de las fatigas de la batalla sostenida en los campos de Membrillares, se hizo anunciar a la de Narbona. Esta le recibió con el mayor contento. Su fama de diestro y arrojado era una garantía para la atribulada dama que contaba con muy escasas fuerzas para contrarrestar el asedio.

Maravillado quedó Alvar de la belleza de Dª. Margarita: habían transcurrido algunos años de ausencia y aunque de su alma jamás se borró la imagen de la dama, el original resultó mucho más hermoso que el verdadero retrato que de ella conservaba en su mente. Aquella palidez mate del rostro que hacían resaltar las negras tocas de la viudez; los círculos morados que orlaban sus negros y rasgados ojos; la tristeza que impregnaba su semblante, realzaban de una manera poderosa su espléndida belleza.

- ¡Cuánto os agradezco, Alvar, vuestra venida! Bien hizo mi esposo en confiar en vuestra lealtad y valor, dijo Dª. Margarita.
- ¡Señora!... Por socorreros he arriesgado la vida. Cien vidas que tuviera las sacrificaría gustoso en vuestra defensa, dijo, y poniendo una rodilla en tierra besó con pasión la mano que ella le tendía.
- Lo sé, Alvar, y por eso he acudido a vos en demanda de socorro.
- Cumplo sólo con mi deber.
- Retiraos a descansar, que bien necesitado lo habéis.
- Ya para mí no hay descanso, ni más pensamiento que ver cómo logro salvaros de los peligros que os rodean.
- Eso es muy difícil; ya veis: el cerco es cada día más apretado, las fuerzas de nuestros enemigos son superiores a las nuestras y no nos queda otro remedio que sucumbir. Huir es imposible. ¡Si fuera yo sola! ¿Pero, y mi hijo?
- Ya veremos. Con su permiso voy a inspeccionar las defensas.
- Sí; id presto, buen Alvar, poneos de acuerdo con Men Rodríguez que es un servidor leal y os ha de valer mucho. Mientras vos lucháis yo rogaré a Dios que os conceda la victoria.

Men Rodríguez era un anciano hidalgo que hacía muchos años desempeñaba el cargo de Alcalde de Granada y su castillo. Y tenía dadas muchas pruebas de adhesión a sus señores; hasta la llegada de Alvar él era el jefe militar de la plaza, pero resignó el mando en el de Castro y se dispuso a obedecerle.

Juntos recorrieron la villa y, de acuerdo ambos, organizaron sus defensas, conviniendo en que Men Rodríguez se encargara de la custodia y defensa de la puerta de Coria, que está hacia el Poniente, y Núñez de Castro se reservó la puerta de Béjar o de la Villa y el Castillo que se hallan adosados.

Los rigores del asedio eran cada día mayores, por dos veces habían intentado el asalto los del maestre por la parte Norte, pero ambas fueron rechazados valerosamente por el fiel Men Rodríguez.

Entre tanto Alvar, cada día más enamorado de la de Narbona, no se ocupaba más que en preparar la huida. Comprendía que la villa, más pronto o más tarde, tendría que sucumbir; el maestre era hombre que no cedía fácilmente y constantemente recibía refuerzos; ellos, en cambio, no podían contar con auxilios próximos: el Rey de Portugal D. Dionis, partidario de los de la Cerda, a quien habían despachado correos, se hallaba peleando en la ribera del Coa contra las tropas reales y no podía socorrerlos. El Castillo tenía una salida subterránea que desembocaba cerca del río, vadeando éste y con buenas monturas, no le sería difícil llegar en poco tiempo, una hora, a la fortaleza de Palomero, y desde allí internarse en Portugal. Desde que llegó a Granada estaba preparando este plan.

No le hubiera sido difícil poner a salvo, por este camino, a Dª. Margarita y su hijo, antes de que el peligro arreciara; pero ¿cómo separarse de ella? ¿Después de tan larga ausencia consentir una nueva separación? No; antes la muerte.

Aquella pasión, por tanto tiempo contenida, se desbordó impetuosa, como el agua depositada cuyo dique se rompe.

Una noche al sonar el toque de la queda, en la campana del Castillo, penetró en la cámara de Dª. Margarita resuelto a jugarse el todo por el todo.

- ¡Señora!... le dijo: las murallas de la villa son débiles; sus defensores mermados: la defensa es cada día más difícil; el enemigo es tenaz: es necesario que penséis en poneros a salvo; nuestra fortaleza de Palomero está próxima, con buenos caballos en poco más de una hora podéis llegar a ella y desde allí, escoltada por vuestra gente, no os será difícil refugiaros en Portugal.
- ¿Pero, cómo romper el cerco?, dijo doña Margarita.
- Ese es mi secreto, contestó Alvar, pero antes tengo que haceros una revelación. ¿Me lo permitís?
- Hablad, que atenta os escucho.

Entonces Alvar pintó con los colores más vivos el estado de su alma; describió sus ansias y afanes por tanto tiempo reprimidos; hizo historia de aquella pasión nacida en los albores de su juventud y acrecentada con la ausencia; y cayendo de rodillas a los pies de Dª. Margarita, le dijo: Señora, devorando esta pasión en silencio, arrostré la muerte mil veces. Por conseguir vuestro amor me hallo dispuesto a todo, incluso a condenarme enteramente. La pasión que me inspirasteis hizo de mí un héroe; no consintáis que me convierta en un réprobo.

Sorprendida, escuchó la de Narbona las manifestaciones de Alvar, las cuales produjeron en su alma profunda indignación.

Con las manos fuertemente apretadas, el entrecejo fruncido y despidiendo sus pupilas metálicos reflejos, le dijo con voz sibilante.

- Mal caballero. ¿No os merece más respeto el dolor de una dama? ¡Sois un cobarde! Únicamente un ser abyecto y despreciable puede atreverse a hablarme como vos lo hacéis. ¡Y en qué ocasión! ¡Cuando me hallo acosada por mis enemigos! Mi vida y la de mi hijo peligran, pero no importa, ambas las sacrificaré gustosa antes que acceder a vuestras villanas pretensiones. Salid pronto de Granada; marchad, id presto a uniros con mis contrarios: Dios me dará fuerzas para luchar contra todos.
- Saldré de Granada, dijo Alvar, dirigiéndole una mirada siniestra, pero no será sin vos. Os tengo en mi poder y no quiero volver a perderos; de agrado o por fuerza me seguiréis. Y le rodeó fuertemente el talle con su robusto brazo.

¡Socorro...! ¡A mí...! ¡Favor...! ¡Socorro...!, gritó Dª. Margarita, hasta quedar desvanecida en los brazos de Alvar. Estos gritos fueron apagados por el ruido estruendoso del combate, que comenzaba a entablarse en las murallas, las voces de alarma de los centinelas y los ayes de los moribundos.

Preocupado Alvar en sus amores, tenía descuidada la vigilancia de las defensas a él encomendadas. Todos los asaltos se habían dirigido hasta entonces hacia la parte de Poniente, siendo rechazados con denuedo por las gentes de Men Rodríguez; aquella noche los sitiadores asaltaron la villa por dos puntos a la vez, pero los de la parte de Poniente fueron rechazados nuevamente; la escasa vigilancia favoreció los planes de los asaltantes de la parte Norte; éstos sorprendieron un centinela dormido y no se apercibió del escalo que se verificó en un punto próximo; protegidos por las sombras de la noche, subieron a la muralla

buen golpe de gentes del maestre, dando muerte al centinela en el momento en que Alvar declara su pasión a Dª. Margarita; la campana del Castillo comenzó a tocar a alarma y Men Rodríguez acudió con el fin de proteger a su señora, penetrando en su cámara en ocasión que Alvar, sosteniéndola en sus brazos, trataba de ganar el subterráneo que conducía a las márgenes del río, donde tenía dispuesto su caballo para la fuga. Llegando a sus oídos las voces pidiendo socorro de la noble dama, Men Rodríguez creyó al pronto que los enemigos habían penetrado en la fortaleza, mas al conocer a Alvar se lanzó sobre él y cortándole el paso le dijo.

- ¿De este modo defiendes la villa? ¿Así cumples la misión que te encomendaron? Atrás mal caballero, defiéndete si no quieres morir como un perro.
- Dejadme pasar, buen anciano, no me obliguéis a tener que mataros.
- O te defiendes, o te atravieso con mi espada. Presto, que por tu culpa entró el enemigo en la villa y hago falta en otro lado.
- Puesto que lo quieres, sea; dijo Alvar.

Y dejando a la de Narbona con cuidado sobre el lecho, desenvainó su acero poniéndose en guardia. La lucha fue rápida: Alvar, más fuerte, más joven, más ágil, atravesó el pecho del Alcalde con su espada a poco de comenzar el encuentro.

Este abrió los brazos y cayó pesadamente sobre el pavimento, pero, aunque débilmente, pronunció las siguientes palabras, que llegaron como un eco fúnebre a los oídos de Alvar.

- ¡Que Dios castigue tu culpa como se merece!

Perplejo quedó en medio de la estancia sin saber qué partido tomar, mirando alternativamente al cadáver del fiel servidor y el cuerpo inanimado de Dña. Margarita; parecía como si una fuerza sobrenatural hubiera clavado sus pies en el suelo. Entre tanto, en las calles, continuaba el rumor del combate cada vez más intenso y ensordecedor; los gritos de la soldadesca llegaban distintamente a los oídos de Alvar, penetrando por los abiertos ventanales. ¡Granada por Sancho IV! gritaban los invasores, y los lamentos de los heridos se mezclaban con las voces de triunfo de los vencedores. ¡Qué vergüenza! ¡Y todo por mi causa! ¡Yo soy el culpable!, decía Alvar.

Por fin tomó una resolución, y dirigiéndose donde estaba la dama, la cogió nuevamente entre sus brazos. Esta, en aquel momento, volvió de su desmayo, y dándose cuenta de la situación arrancó la daga que Alvar llevaba al cinto y, rápidamente, se la hundió en el cuello, al mismo tiempo que comenzó a pedir socorro a grandes voces.

Núñez de Castro vaciló al sentirse herido; Dña. Margarita se desprendió de sus brazos y, con veloz carrera, ganó la salida de la cámara. Al verse herido, y temeroso de caer en poder de los defensores del Castillo, cuyos pasos se percibían ya en las habitaciones contiguas, se precipitó por la puerta secreta que conducía al subterráneo, no sin antes dejarla cerrada para evitar la persecución, y arrastrándose con gran trabajo, llegó donde estaba su caballo; a duras penas pudo subir al arzón y, favorecido por la oscuridad de la noche, le dirigió hacia el Este, por ver si lograba llegar a la fortaleza que los caballeros Templarios tenían en Abadía, donde pensaba refugiarse.

El noble corcel, el brioso animal, guiado por su instinto, pues Alvar no tenía fuerzas para hacerlo, en la dirección indicada, al llegar cerca de Abadía, encaminó sus pasos hacia la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles (pues ésta existía en el mismo lugar que hoy ocupa el Convento) atraído sin duda por la luz de la lámpara que alumbraba a la imagen.

Serían las doce de la noche, cuando caballo y caballero llegaron al portalón del Santuario, a cuyo servicio se hallaba un anciano anacoreta; el caballo, que estaba muy diestro, golpeó con sus feroces cascos la puerta; el ermitaño se despertó y abriendo un ventanillo preguntó.

- ¿Quién llama a estas horas?
- Abrid, hermano; soy un caballero gravemente herido que pide asilo y confesión, dijo Alvar con voz angustiosa.

El anciano, el guardador de dicha imagen, en cuyo venerable semblante se retrataba la bondad de su alma, se apresuró a salir y ayudando al herido a desmontarse, le colocó en su camastro. Este quedó desvanecido a causa de la mucha sangre que había perdido. Una vez que recobró el conocimiento con los auxilios del monje, éste le preguntó.

- Caballero, ¿quién sois?
- Soy un pobre pecador que, arrepentido de sus culpas, os pide que le absolváis de sus pecados; estoy gravemente herido; he perdido mucha sangre y siento acercarse la hora de mi muerte; pero no quisiera morir sin antes haberos confesado mis culpas. Tan enormes son, que temo que Dios me niegue su perdón.
- Caballero, no desmayéis, confiad en la misericordia divina.

Núñez de Castro hizo al anciano monje confesión de sus pecados, refiriéndole lo acontecido, la detallada historia que antecede, y le rogó que a su fallecimiento, que presentía próximo, su cuerpo fuera enterrado junto al ara de la ermita, para que el sacerdote oficiante pisara sobre su cuerpo.

- Otro ruego tengo que haceros, continuó Alvar.
- Ya os escucho con mucha atención, contestó el ermitaño.
- Si curo de mi herida, quiero acabar mis días retirado del mundo, consagrando a Dios el resto de mi vida, por ver si consigo su perdón; para ello dedicaré todos mis bienes a la fundación de un Monasterio en este mismo lugar. Pero como temo que Dios no me conceda la vida necesaria para llevar a término mi obra, dejaré en este caso escrita mi voluntad, de cuyo cumplimiento quedáis vos encargado. Deseo que esta pobre ermita se convierta en templo suntuoso y que una comunidad de religiosos se encarguen de su culto. Cuando ocurra mi muerte, hallaréis en mi escarcela una cajita de madera, la cual os ruego depositéis en mi tumba. Contiene una reliquia que heredé de mi madre, y no quiero separarme de ella.
- Seréis complacido en todo; dijo el ermitaño, y ahora vamos a reconocer esa herida para poder apreciar su gravedad: en mi juventud fui soldado como vos, y me acostumbré a curar heridas, o mejor dicho heridos.

Por la herida no cesaba de fluir sangre en regular cantidad: examinó con un dedo la profundidad y no pudo ocultar un gesto de disgusto; aplicó un tópico astringente a la herida, comprimiendo fuertemente la región, y administró al herido un cordial, aconsejándole el mayor reposo.

En este estado permaneció Alvar por espacio de algunos días, durante los cuales escribió su última voluntad. La hemorragia cesó por completo, pero la herida comenzó a supurar y la fiebre, que se inició a los pocos días, fue en aumento.

Por fin, después de un mes de grandes sufrimientos exhaló el último aliento una tarde de los postreros días del mes de octubre.

Cuenta la tradición que el cuerpo de Núñez de Castro fue enterrado junto al ara del santuario, como el pidiera, y que no habiendo tenido tiempo de purgar sus pecados en vida, su alma fue al Purgatorio a completar su purificación. En tanto la consiguió, todas las noches al sonar el toque de ánimas (hora en que Alvar arrebató la vida a Men Rodríguez y él fue herido por la de Narbona), su cuerpo abandonaba la tumba en que fue depositado, y con una daga clavada en el cuello y la armadura manchada de sangre, se dirigía hacia Granadilla cabalgando en un negro corcel y penetrando en el Castillo por el subterráneo que desemboca cerca del río, sube a la cámara donde dio muerte al Alcaide y, allí, pasa la noche impetrando su perdón.